

LETRAS

Amor a la letra

Daniela Fernández

Amor a la letra bien podría ser el nombre de la transferencia en la última enseñanza de Lacan. Pero el flechazo para Lacan tuvo lugar un poco antes, en su *Seminario 18* de 1971 *De un discurso que no fuera del semblante*. La tapa del libro escogida por Jacques-Alain Miller es la pintura *Retrato del joven emperador Kangxi* (1662-1722) de pintores anónimos de la Corte, que muestra un Emperador chino con un pincel de caligrafía en su mano derecha, dispuesto a escribir frente a una hoja en blanco. Esta hoja en blanco contrasta con los numerosos caracteres chinos depositados en el interior del libro. La tapa apunta a una de las grandes tesis del Seminario: la escritura china esclarece lo que podemos pensar de la función de lo escrito en psicoanálisis. Lacan comienza el cuarto capítulo copiando en el pizarrón una frase escrita en caracteres chinos extraída del libro de Meng-tzu de 250 a. C., uno de los cuatro libros canónicos del confucianismo. Copia la frase sin traducirla, sin citar su contenido, sin dar más explicaciones que “Meng-tzu escribió lo que escribí en el pizarrón”. Su modo de presentar la frase pone en valor la función de la escritura, en detrimento del sentido.

Como en el caso de la carta (*lettre*) robada del cuento de Poe, para Lacan la letra (*lettre*) ya estaba ahí, a la vista, desde el comienzo. Solo hacía falta saber leerla, lo cual tendrá lugar en este Seminario: “Me di cuenta de algo, y es que quizá solo soy lacaniano porque en otro tiempo estudié chino. Quiero decir con esto, que ahora, al leer las cosas que había transitado, balbuceadas como un bobo, con orejas de burro, percibo que están al mismo nivel de lo que cuento”. [1] El 20 de enero de 1971, Lacan se percata de algo que concierne a *otro tiempo*, un tiempo lejano en el que estudió chino durante la Ocupación alemana en París, a pocos pasos de su consultorio, en el Instituto Nacional de Lenguas y Civilizaciones Orientales (Inalco), donde asistía al curso de su “querido maestro” Paul Demiéville. Pero es *ahora*, casi 30 años después, que nota que eso que había estudiado en los años 40 está al mismo nivel que sus desarrollos del *Seminario 18*. Es en este momento de su enseñanza, y no antes, en sus años estructuralistas, por ejemplo, que advierte que es lacaniano porque estudió chino. La figura de Lacan, o del analista, con orejas de burro, indica una relación particular al saber que, en un análisis, no está del lado del analista. En 1971, con sus orejas de burro, Lacan pide ayuda a François Cheng para leer, en lengua original, textos clásicos que fundan el pensamiento chino, como el libro de Meng-tzu.

¿Qué encuentra Lacan en la escritura china que pueda interesar al psicoanálisis? Por un lado, numerosas “ambigüedades” que demuestran que el referente está perdido, es real, hay allí

un agujero. Como ejemplo Lacan escribe en el pizarrón el carácter *wei* que quiere decir *actuar*, pero que sirve también de conjunción para hacer metáfora cuando es empleado en el sentido de *como*. Lacan celebra esta lengua donde los verbos “más-verbos” se transforman en “menudas conjunciones”. También escribe el carácter *yen* que puede querer decir tanto *palabra* como *lenguaje*. Notemos que la disyunción entre significante y significado, a la que apunta un análisis, se ve multiplicada en la lengua china. Esta particularidad lo ayudará a “generalizar la función del significante”.

Por otro lado, su encuentro con la lengua china donde la diferencia entre palabra y escritura es flagrante, lo conducirá a introducir un cambio respecto de lo que venía diciendo sobre la relación entre esos dos registros. En su *Seminario 18*, afirma que lo escrito es segundo respecto de toda función del lenguaje. Usemos un ejemplo citado frecuentemente. Para escribir la palabra *cosa*, se trazan dos caracteres: *este* y *oeste*. Fonéticamente, se dice *dong-xi*. Pero cuando se escucha la palabra sin ver los caracteres, o en el caso de un niño que aún no sabe escribir, o para quien no conoce la escritura de dicha palabra, el equívoco surge inmediatamente ya que la pronunciación *dong* corresponde a una serie de caracteres diferentes: *este*, *invierno*, *toc-toc*. Lo mismo ocurre con la pronunciación *xi*. La polisemia de los caracteres es inagotable. En lengua china, el sentido de un escrito difiere sin cesar. Este tipo de ambigüedad es fundamental en “el uso de lo que se escribe” y da “su alcance” a lo que el propio Lacan escribe.

El filósofo François Jullien se apoya en este mismo ejemplo para subrayar la dimensión “relacional” del pensamiento chino, ya que la escritura de *cosa* no apunta a una substancia, sino más bien a una tensión. Entre ambos polos hay transición, y no clivaje como en la filosofía occidental. Esto está escrito en la lengua. A Lacan le interesa ese intervalo entre las palabras, entre *este* y *oeste*, entre China y Occidente, entre el hombre y la mujer, entre analista y analizante. En su exploración del chino busca la alteridad. Por eso, como lo señala Jullien, en lugar de volverse antropólogo o etnólogo, sitúa su búsqueda en el plano textual. La figura del letrado (como el *analista letrado* de los años 50) se encuentra literalmente inscrita en la lengua china. Un muy buen ejemplo es la traducción propuesta por Lacan de la frase de Meng-tzu que copia en caracteres en el pizarrón. El profesor de lingüística Xiaoquan Chu del Departamento de estudios franceses de la Universidad Fudan Shanghai señala que ningún comentador antes propuso semejante lectura. Al mismo tiempo, advierte que la sintaxis del chino clásico no se opondría a la lectura lacaniana que es lingüísticamente posible. Añade que la gran libertad que adopta Lacan en su traducción solo es aparente ya que, en chino, la cita de Meng-tzu es una frase ambigua que presenta un gran problema de interpretación para los letrados desde hace miles de años, creando así una tradición hermenéutica muy fecunda alrededor de ciertos caracteres claves de dicha frase.

¿Cuántas veces más, para decir qué, se puede citar la famosa viñeta de Suzanne Hommel de su análisis con Lacan? Esta vez servirá para demostrar la transferencia como *amor a la letra*.

Reconstruyamos la secuencia lógica.

-1er. tiempo: un día, en sesión, la analizante relata un sueño y cuenta que todos los días se despierta a las 5 de la mañana, la hora en que la Gestapo iba a las casas a llevarse a los judíos en su país de origen Alemania. Repentinamente, el analista se pone de pie, se acerca a la analizante y le hace una caricia extremadamente tierna en la mejilla.

-2do. tiempo: gracias a la intervención del analista, la analizante accede a leer la escritura que hay en el decir. Ella lee *geste à peau* en *Gestapo*. En francés, ambos términos suenan igual, son homofónicamente equívocos, pero se distinguen a nivel de la escritura.

Notemos que es la analizante quien aporta el material significativo sobre el cual intervendrá el analista por medio de una intervención sin palabras. Gracias al dispositivo de caja de resonancia que el analista instaura y mantiene, la analizante aprende a leer de otro modo. El *amor a la letra* desbarata el amor narcisista y cualquier interpretación erotómana del gesto de su analista. Sus orejas ya no están tapadas. Esto le permite leer la nueva escritura inventada por Lacan, la instancia de la letra en el inconsciente, la letra que se inscribe en la palabra y que implica al cuerpo como huella de goce. El psicoanálisis es una práctica que remite a una huella de goce. Por eso, como en la caligrafía china, en el análisis hace falta el cuerpo.

NOTAS

1. Lacan, J., (1971-1972) *El Seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Buenos Aires, Paidós, 2009, p. 35.